

separado del organismo. Habita en él, pero sólo para hacerlo un puro símbolo. El cuerpo entero en su transparencia “morbidez” ya no tiene significado alguno por sí mismo, y es íntegramente sólo expresión del espíritu, independiente de la naturaleza, que de él se va. ¡Qué visión transfigurada ofrecen una muchacha o un joven en su lecho de muerte! Nada similar es posible para un animal. Por las mismas razones, la muerte no produce siempre un afectamiento de los rasgos faciales, puede también dejar tras de sí una expresión bella y serena.

Si la enfermedad puede embellecer al hombre en determinadas circunstancias, ni que decir tiene que puede ser causa de belleza cuando desaparece. El gradual retorno de la salud da a la mirada libre claridad y a las mejillas un suave rubor. El renovado henchimiento de las venas y los músculos, y el juego de la fuerza, que comienza a reactivarse buscando el placer, difunden una belleza extraordinaria y potenciada e inundan la figura de un encanto inexpresable, en el que el estímulo del rejuvenecimiento tiene todavía en sí la antítesis de la decrepitud y la vida la de la muerte. Un convaleciente es un espectáculo digno de los dioses.

Llegados a este punto, no podemos abandonar todavía el espíritu, pues éste puede generar fealdad de modo diferente a como lo hace en las enfermedades comunes. Puede enfermar en sí, y expresar la contradicción en que, como espíritu, entra consigo mismo. O mejor dicho, el trastorno psíquico es como el mal, la verdadera y propia fealdad del espíritu en cuanto tal. Pero esta fealdad interior se traduce también exteriormente: la idiotez, la demencia, la locura, el delirio hace feo al hombre. Incluso entra en esta relación la embriaguez como aguda enajenación producida artificialmente. La prudencia con la que el espíritu que está en sí mismo conecta todas sus relaciones, sabiendo al [p. 78] mismo tiempo que él, espíritu singular, es un ser racional y general, confiere al espíritu la presencia adecuada y por ello también el correcto dominio de su organismo. En el trastorno psíquico, el hombre pierde la universalidad del sentimiento de sí en la idiotez, ora en la demencia se enajena en una finitud, ora en la locura se siente aniquilado por el poder de una contradicción fingiéndose otro, o refugiándose en el delirio. En todos estos casos el enfermo otorga valores incorrectos tanto a lo real como a lo imaginario. El idiota se hunde más y más en una apatía animal, en el demente se desarrolla una visión característica que distorsiona la realidad de los objetos y de los hombres haciéndolos difusos e indeterminados, una contracción del rostro repugnante, una repelente movilidad o rigidez. También en locos que sufren una profunda destrucción psíquica se nota una solemnidad que revela la ruptura del sentimiento de sí en la vacuidad y la desconexión de su pathos.

LO FEO ARTÍSTICO

Como se ve el reino de lo feo es tan grande como el reino de los fenómenos sensibles en general. De los fenómenos sensibles porque el mal y la perversa autoextrañación del espíritu se convierten en objeto estético sólo mediante las manifestaciones exteriores. Como lo feo está en lo bello, puede generarse en cuanto negación de todas sus formas tanto por medio de la necesidad de la naturaleza como de la libertad del espíritu. La naturaleza mezcla lo bello y lo feo casualmente, *καταβεβηκως*, como diría Aristóteles. La realidad empírica del espíritu hace lo mismo. Para de esa manera disfrutar de lo bello en sí y por sí, el espíritu tiene que producirlo e incluirlo en un mundo característico para él. Así nace el arte. Exteriormente está [p. 79] también ligado a necesidades humanas, pero su verdadera motivación es la nostalgia del espíritu por lo bello puro y no mezclado.

Si sacar a la luz lo bello es la tarea del arte, ¿no parecerá la máxima contradicción que el arte también produzca lo feo?

Si quisiéramos responder que, sea como fuere, el arte produce lo feo, entonces claramente añadiremos una segunda contradicción a la apuntada en primer lugar, una contradicción aparentemente